

Rebecos en el cielo

Moisés Camarero



CAZA MAYOR

Animal: Rebeco Pirenaico (Rupicabra Rupicabra Pyrenaica)

Licencia: Trofeo sin límite de puntos

Lugar: Coto del término municipal de Ansó, Huesca

Fecha, Hora, Puntuaciones y Coto: 12 de noviembre de 2012, 11:20 AM, 95.5 puntos aproximadamente, categoría plata casi oro. Disparo a 133 metros

Después de cuatro fines de semana consecutivos de mal tiempo, por fin se abrió el cielo el sábado 11 de noviembre en Ansó. Mi permiso de sarrio trofeo esperaba impaciente en la mochila, lista desde hacía semanas.

Robando la tarde al domingo me dirigí en pocas horas a Huesca y de allí a la localidad pirenaica, cruzando 100 kilómetros de belleza otoñal adornada de ocres, amarillos y verdes. La entrada a la comarca de la Jacetania es la puerta del paraíso: ríos y lagos surgen de entre los bosques de hayas y pinos y la carretera juega con el paisaje, bordeando campos y cruzando embalses a través de antiguos puentes de piedra.

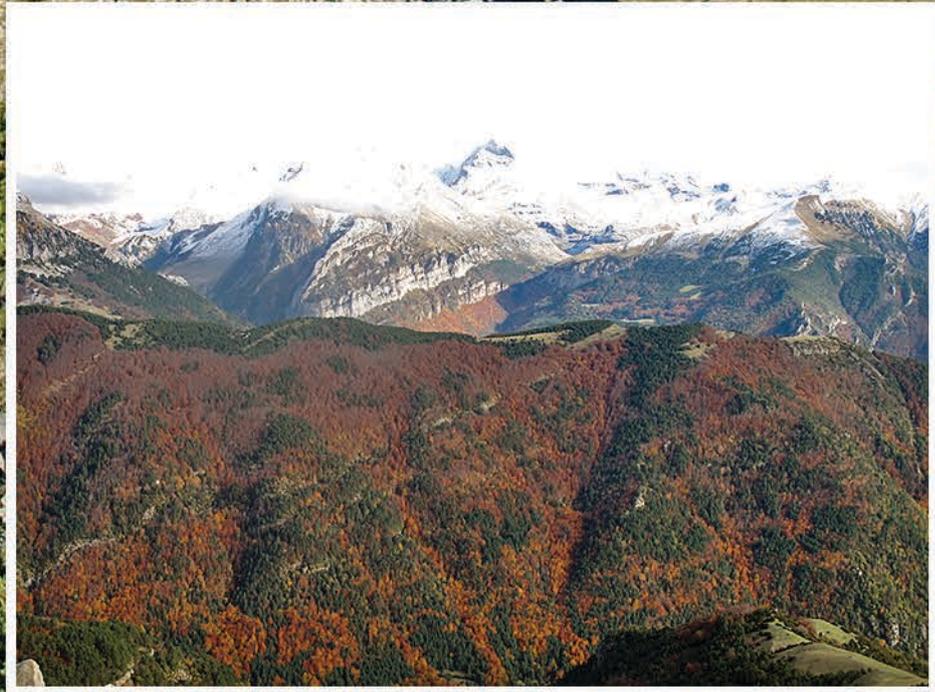


Con las últimas luces del atardecer, elegí la carretera de Berdún, en vez de la nueva de Hecho. Este camino de una veintena de kilómetros discurre colgado de profundas gargantas y apenas tiene suficiente anchura para que se crucen dos coches. Muchas curvas carecen de visibilidad, pero la belleza e insolencia de la ruta compensan el esfuerzo extra de conducción. No es raro que una pequeña cascada aterrice directamente sobre el asfalto y tampoco encontrar algún cascote desprendido de las paredes macizas que bordean ambos lados del camino.

Ansó es un pueblo noble y orgulloso en el que todas las casas son de piedra y madera, de tres pisos, en perfecto estado de conservación. Gran parte de su término municipal está ocupado por el Parque Natural de los Valles Occidentales, donde habitan nuestros rebecos.

Esa misma tarde me encontré con el guarda del coto municipal, José María Castán, gran aficionado a la montaña y buen conocedor de todos los caminos y querencias. Quedamos temprano para el día siguiente y dormí regular, o sea, lo normal antes de una cacería.

Amaneció un glorioso y soleado día de otoño. Mis piernas pesaban y pronto me quité algo de ropa para aliviar el calor de la subida. Antes de una hora ya habíamos localizado un sarrio solitario, muy lejos, casi en la cuerda que separaba nuestro valle y el siguiente.







Parapetados en unas rocas, nos detuvimos a montar el spotting scope y pude admirarle por primera vez. La distancia era tan elevada que incluso con 60 aumentos no podía distinguir su grosor ni curvatura, pero sí que la cornamenta superaba holgadamente las orejas. Buena señal. Decidimos subir atacando la montaña arbolada en diagonal. La pendiente era a veces de 45 grados y la hierba húmeda y las ramas dificultaban el avance. Bueno, mejor dicho, dificultaban mi avance porque José María caminaba por allí como si fuera el salón de su casa.

Después de otra hora de esfuerzo alcanzamos el límite del bosque y comprobamos de nuevo la posición del sarrio. Ahora sí pude juzgarlo bien. La curvatura y grosor eran bastante notables. El problema era el lugar en el que descansaba: la cima de la montaña, en un lugar despejado con una visibilidad excelente. Por su posición, sólo podíamos realizar el rececho rodeando la montaña por la vertiente trasera, tratando después de sorprenderle con un disparo a gran distancia, aprovechando alguna cresta favorable para la asomada. La buena noticia es que seesteaba tranquilo y no parecía habernos visto.

Continuamos la subida, teniendo que cruzar por alguna pared rocosa. Finalmente, José María me dejó con maestría a 253 metros del sarrio. La posición del rebecco no me favorecía ya que estaba tumbado y dándome la parte trasera. De la zona vital sólo ofrecía una pequeñísima porción. Quizá hubiera acertado a esa distancia en un campo de tiro, pero la montaña es diferente: el frío me congelaba la mano de disparo, la subida había sido trabajosa, una inoportuna roca se clavaba en mi pecho, era evidente que no había otro sarrio de estas características en todo el coto y siempre existía la posibilidad de que un revoque de viento desviara mi disparo unos centímetros.



Podía esperar algunas horas a que se levantara o intentar cambiar de posición arriesgándome a ser visto. Decidí arriesgarme y acortar unos 100 metros rodeando la cresta, aprovechando que el sarrío casi nos daba la espalda. Había algún descubierto en el que confiábamos en no ser vistos y por tanto existía riesgo de perderlo, lo sabía, pero valía la pena intentarlo ya que si iba a disparar con el sarrío tumbado había que hacerlo con garantías.

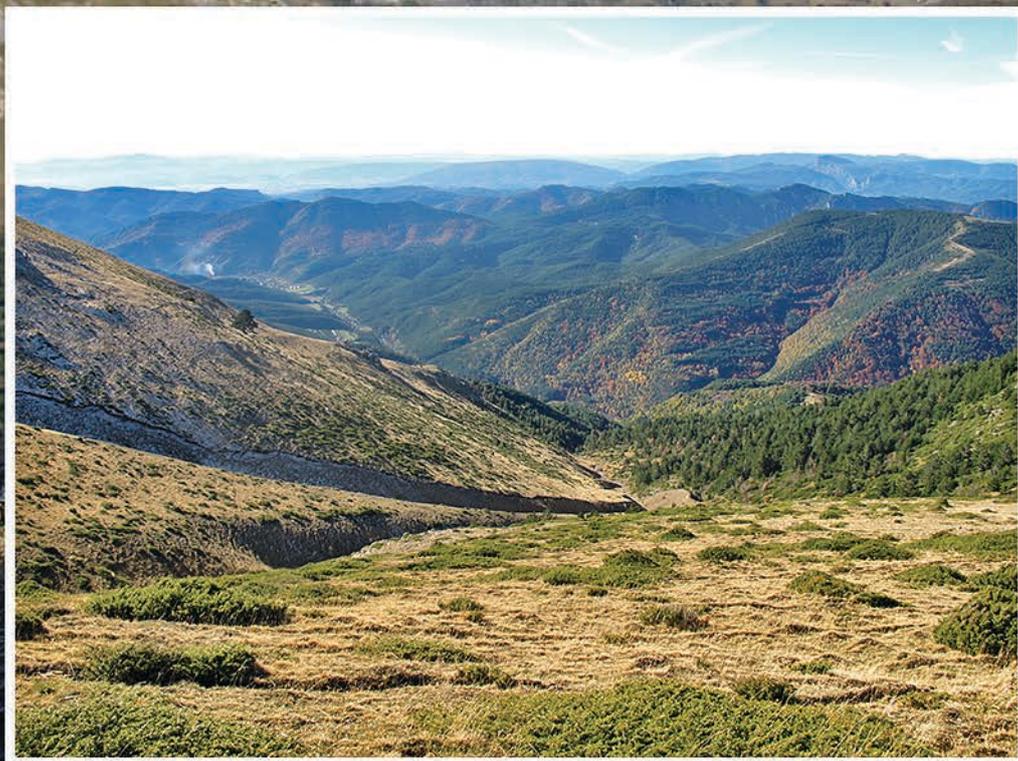
Con gran tensión nos movimos, poniendo más cuidado que un par de contrabandistas y tratando de no hacer ningún ruido que delatara nuestra aproximación en el estruendoso silencio de la cumbre.

La asomada, lenta, me enfrentó con la mirada directa del sarrío. Decidí no colocar la mochila para no delatarnos aún más con movimientos exagerados. Sobre la gorra coloqué el rifle y monté el pelo poniendo la cruz sobre la zona vital a descubierto. El sarrío seguía tumbado dándome la parte trasera, aunque ligeramente cruzado. Decidí intentar asegurar su muerte en un disparo a la zona vital. Aunque escasa, me parecía suficiente a esa distancia.



Apreté el gatillo con suavidad y el disparo me sorprendió. El sarrío quedó congelado por un instante y luego rodó pendiente abajo unos metros. José María me felicitó diciendo que lo había dejado seco. Una enorme alegría y satisfacción me invadió. El rececho había sido perfecto, la subida trabajosa, el disparo bueno y el trofeo hermoso. Las montañas, gloriosas en su blanca plenitud, se me antojaban vestidas con una falda hecha de hayedos pintados de otoño y pinos eternamente verdes.

Era mediodía, así que después de hacer las fotos y medir el trofeo, que no dio oro por un punto y medio, almorzamos con la satisfacción de tener os deberes hechos. Decidimos bajar al valle dando un gran rodeo para tratar de encontrar una buena hembra de sarrío, aunque sólo localizamos otro macho metido en la Reserva, que nos observaba curioso desde sus lejanos dominios.





La magnificencia del paisaje, la mágica soledad de la montaña, el espíritu agradecido por caminar tan cerca del cielo, han hecho de esta cacería una de las más hermosas que he podido disfrutar.

Aún con tiempo, pude llegar a casa a dormir en mi propia cama. Soñé con las cumbres y con volver a visitar el paraíso, que se llama Jacetania.



LA MEDIDA DE TODAS LAS COSAS

VISIÓN CRISTALINA. MEDICIÓN PRECISA. CON EL NUEVO EL RANGE

Los binoculares EL Range marcan nuevos hitos: observaciones de alta resolución sin compromiso, transmisión de luz del 91% en ambos oculares y la medición precisa del alcance y del ángulo basada en la tecnología exclusiva SWAROAIM. El manejo intuitivo y un peso inferior a 900 gr. convierten los binoculares EL Range en el compañero ideal de caza para los próximos recechos.



SEE THE UNSEEN
WWW.SWAROVSKIOPTIK.COM

Esteller

Tel. 936 724 510 – Fax 936 724 511
info@esteller.com – www.esteller.com



SWAROVSKI
OPTIK